

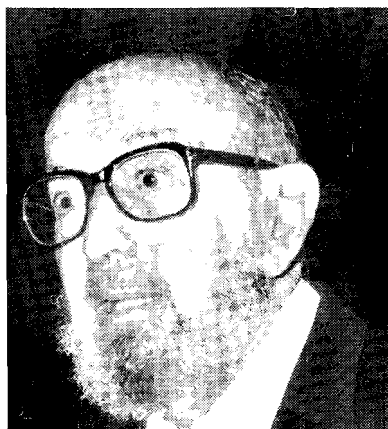
«FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS: ‘TEXTO VIVO’»

■ Conferencias de Juan López-Morillas

«De Francisco Giner no nos queda hoy más que el testimonio escrito de su labor mental. Pero ese testimonio es tan rico en ideas y juicios sobre la condición del hombre y su misión terrena que todavía, en nuestro alucinante mundo actual, nos sigue cautivando por lo que tiene conjuntamente de sentido práctico y humanismo ideal.» Son palabras de Juan López-Morillas, Profesor Emérito de la Universidad de Texas en Austin (Estados Unidos), en el ciclo de conferencias que sobre «Francisco Giner de los Ríos: 'texto vivo'» impartió en la Fundación Juan March del 17 al 26 de octubre pasado, coincidiendo con el 150 aniversario del nacimiento del célebre pensador español.

Seguidamente ofrecemos un extracto del ciclo.

La vida de Giner se reparte en dos etapas de casi igual duración, cuya línea divisoria es la fundación de la Institución Libre de Enseñanza en 1876. Nacido en Ronda en 1839, Francisco Giner inicia sus estudios universitarios en la Universidad de Barcelona. Poco después se matricula en la de Granada para hacer la licenciatura en Derecho y el bachillerato en Filosofía y Letras. Apenas cumplidos los veinte años se trasladada a Madrid. Lo más significativo de este traslado a la capital va a ser la amistad que traba con Julián Sanz del Río.



JUAN LOPEZ-MORILLAS nació en Jaén en 1913. Nacionalizado estadounidense, es desde el presente año Ashbel Smith Professor Emeritus de Literatura Española y Comparada en la Universidad de Texas en Austin. Presidente Honorario de la Asociación Internacional de Hispanistas y miembro de la Academia norteamericana de la Lengua Española y de la Hispanic Society of America. Miembro correspondiente de la Real Academia Española desde 1987 y Doctor *honoris causa* de la Brown University. Traductor de obras literarias de autores rusos y autor de varios libros sobre el krausismo español, el 98 y Giner de los Ríos.

catedrático de Filosofía de la Universidad de Madrid e introductor y promotor en España de las doctrinas de un oscuro filósofo alemán, Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Para Sanz del Río la doctrina krausista fue algo así como una

profesión de fe. Giner también encarna la doctrina de Krause y hace de ella norte y guía de su vida pública y privada.

Krause elabora una filosofía de la historia que incorpora lo que para él ha sido y es la relación secular de la humanidad con Dios. Según esta filosofía, el ser humano, tras largos y penosos desvíos y tanteos, se halla por fin en el umbral de su plenitud, esto es, empieza a percatarse del alto destino que, como criatura privilegiada de Dios, está llamado a cumplir. Y ese destino no es otro que el de perfeccionarse a sí mismo y todas sus formas de asociación (matrimonio, familia, sociedad, nación, Estado, religión, arte, ciencia, etc.) para contribuir de este modo a la creación de una armoniosa sociedad humana.

En 1866, Giner gana por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional en Madrid y con ello se convierte en lo que los adversarios del krausismo habían empezado a llamar *texto vivo*, es decir, en profesor que no sólo enseñaba una doctrina filosófica, sino que la hacía carne de su carne y sangre de su sangre. En un país donde a la sazón apenas había interés en la especulación filosófica, el krausismo vino a ser un movimiento agitador de espíritus y voluntades. Esa primera etapa de desperejamiento cerebral constituye uno de los capítulos más interesantes en la crónica del pensamiento español. Y ese desentumecimiento fue lo bastante rápido y notorio para despertar la alarma, primero, y la franca hostilidad, después, de las autoridades civiles y eclesiásticas. La campaña antikrausista invadió las Cortes en los primeros meses de 1868 y llegó hasta el Gobierno,

el cual exigió que los profesores firmaran un juramento de fidelidad a la Iglesia y al Trono. Julián Sanz del Río, Fernando de Castro y Nicolás Salmerón se negaron a firmar y fueron separados de sus cátedras; y Giner fue suspendido de la suya por haberse solidarizado con ellos. La Revolución de septiembre de 1868 los repuso en sus cargos. El Gobierno Provisional que surgió de la Revolución nombró Decano de la Facultad de Filosofía y Letras a Julián Sanz del Río y Rector de la Universidad de Madrid a Fernando de Castro.

El pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto pone fin a la anarquía en que desemboca la Revolución de Septiembre. La Restauración aquieta los trastornos sociales y políticos del sexenio revolucionario. Pero la anhelada «continuidad histórica» de Cánovas del Castillo, como después diría Giner, parecía empalmar con la España de 1868, como si se hubieran borrado de la memoria del país todos los abusos, torpezas e impudicias de la época isabelina. El Marqués de Orovio, Ministro de Fomento, ministerio del que entonces dependía la instrucción pública, ordena a los rectores prohibir en sus universidades la exposición de cualquier doctrina que fuese perjudicial a la religión católica y al régimen monárquico. Emilio Castelar renuncia a su cátedra y otros profesores se suman a la protesta; cinco de ellos, entre los que figuraba Giner, son desterrados. Cuando Giner regresó a Madrid en agosto de 1875 traía ya resuelta la creación de la Institución Libre de Enseñanza.

La vida de Giner a partir de 1876, año en que abre sus puer-

tas este organismo, está tan ligada a la historia del mismo que no se pueden separar. Giner se orientará ya con preferencia hacia la pedagogía; comenta y observa como espectador, no como actor, lo que acontece en la escena nacional. Manifiesta un creciente alejamiento de la política, nacido sin duda del desencanto que le produce el fracaso de las ingenuas esperanzas que había cifrado en la Revolución de Septiembre y de la repulsa que le merecen los desmanes en que al cabo se diluye la Setembrina.

La Institución Libre de Enseñanza es un último arbitrio del humanismo liberal al que se aferran unos cuantos hombres que, en los albores de la Restauración, coinciden en tres actitudes ante el nuevo panorama político: a) que es necesario volver la espalda a la España oficial; b) que nada cabe esperar de una revolución, porque si es «de arriba» termina en el ordenancismo, y si es «de abajo» conduce a la barbarie; y c) que no se puede seguir como se está.

Por el aula de Giner en el caserón de la calle de San Bernardo pasan hombres que habrán de dejar huella indeleble en la vida política e intelectual del país. Al prestigio y valimiento gineriano cabe atribuir la creación de varios organismos en cada uno de los cuales se plasma y articula un particular designio institucionista: el Museo Pedagógico Nacional (1882), la Junta para Ampliación de Estudios (1907) y la Residencia de Estudiantes (1910). El espíritu de Giner alienta en cada uno de estos institutos, a saber, la visión de una España futura, vigorosa, optimista, emprendedora, obra de nuevas generaciones a las

que una remozada educación humanística habrá redimido de la penuria intelectual y material de antaño.

Racionalismo armónico y realidad vital

El krausismo fue bautizado por su fundador Krause con el nombre de *racionalismo armónico*, expresión que viene a ser clave y símbolo de la estructura total del pensamiento krausista y, por derivación, del pensamiento de Francisco Giner.

Para Giner, como para el krausismo en general, la historia tiene un sentido ético en cuanto refleja el gradual perfeccionamiento del hombre. La realidad no consiste sólo en lo que es, en lo *dado* sensible, sino en lo que *debe ser*, en lo *ideado* conforme a razón. La realidad que nos descubre una obra de arte implica, por tanto, una dimensión ideal, a la que Giner llama *purificación*. El agente de tal purificación es la fantasía creadora y su plasmación artística es la forma.

El arte literario es, para Giner, el más «completo», a la vez que el más racional de todos, porque la palabra, su instrumento, puede ajustarse tan cumplidamente a la conciencia que entre ésta y su plasmación verbal llega a desaparecer toda distinción. Todas las demás artes ofrecen, en este particular, alguna manquedad.

Por su índole misma, el krausismo era no sólo doctrina religiosa, sino, por añadidura, religión militante.

Los krausistas españoles, y entre ellos Giner, dan por sentido que en el catolicismo convergen como en una meta ideal toda genuina religiosidad, todo

▷ culto, toda moral. Aunque parecía extraño, también para ellos podía ser el catolicismo la expresión más idónea de los ideales religiosos del racionalismo armónico, pero, entiéndase bien, sólo expresión *histórica*, o sea, sujeta a mudanza y, en atención al perfectibilismo krausista, sujeta a mejora.

En 1867 fueron separados de sus cátedras los profesores, casi todos krausistas, que se negaron a prestar juramento de fidelidad a la Iglesia y al Trono; en 1868 cayó Isabel II; en 1869 se convocó el I Concilio Vaticano, del que resultó un catolicismo muy contrario al que el sacerdote Fernando de Castro, maestro y amigo de Giner, deseaba. Este hombre abandonó la Iglesia y con él, Giner y otros amigos suyos. Y así se abrió un capítulo nuevo en la historia intelectual y espiritual de España.

Pero el krausismo, no obstante su índole reformista, estaba muy lejos de ser una ideología revolucionaria, aunque como tal la condenasen con asustados aspavientos los defensores del orden establecido.

En un país y una época en que se pregonaban soluciones políticas para casi todos los problemas nacionales, era natural pensar que, purgada de sus lacras mediante una discreta dosis de «filosofía novísima», la política podía ser una terapéutica eficaz en el tratamiento de los males que aquejaban al país. La ocasión de probarlo la ofreció la Revolución de Septiembre de 1868, saludada con alborozo tanto por los krausistas como por tantos otros intelectuales de la época.

Pero el desengaño no se hizo esperar. Giner, como la mayoría de sus correligionarios krausistas y otros intelectuales que no

lo eran, había dado a esta Revolución una interpretación tan candorosa como ilusoria. Giner quería una *revolución* y no un simple *cambio de régimen*; pero, entiéndase, una revolución «desde arriba», ordenada y dirigida por una «minoría pensante» capaz de descifrar y cumplir los designios del orden racional.

De la anarquía en que se disuelve la Setembrina, Giner saca una conclusión: que es preciso buscar en zonas de pensamiento y actividad ajenas a la política los medios de rescatar al país de su progresiva disolución. Esta actitud suya es tan acusada que se ha dado en calificar de *apoliticismo*.

Minoría pensante y crisis de conciencia

A medida que va cundiendo la desilusión se empieza a ver un principio de divergencia en la orientación de las figuras más notables del krausismo español. Unos, como Salmerón y Azcárate, resuelven que ya no pueden apartarse de la vida pública. Otros, en cambio, empiezan a acusar un rechazo de la política en general y de la vigente en particular, y se consagran a trabajos de erudición. Son los que, como Francisco Giner, estiman que la dolencia que padece el país es profunda y crónica y no se puede remediar con los emplastos y ungüentos que receta la política. Según esta postura, la única mejora posible provendría de la creación de ese *hombre nuevo* con que soñaba Sanz del Río, mediante una nueva manera de entender y practicar el oficio de enseñar.

La Restauración preside la

disolución del krausismo como escuela filosófica. Aquellos de sus epígonos que más se habían destacado en la docencia superior y media —Giner, Salmerón, Azcárate, Calderón, Linares— se ven de nuevo, en 1875, desposeídos de sus cátedras y exiliados.

Así pues, privados de la cátedra los maestros más respetados, disgregados los discípulos más leales, seducidos los menos devotos por otros modos y modas de pensar, la escuela se descompone rápidamente a partir de la Restauración. Muy especialmente se hace pedagogía, la disciplina que, a través de la Institución Libre de Enseñanza, ha custodiado hasta nuestros días la esencia humanística, a la vez ética y estética, del racionalismo armónico.

Los hombres que integraron el primer grupo krausista, llegados a su mocedad en el período más tragicómico de la monarquía isabelina, fueron los que constituyeron por primera vez en España una *clase intelectual*, una «minoría pensante», como solían denominarse a sí mismos, aunque a los ojos de sus enemigos, y por boca de Menéndez Pelayo, no pasaban de ser «una horda de sectarios fanáticos». Se anticiparon a las campañas de Joaquín Costa y Miguel de Unamuno, a las prédicas de los «regeneracionistas» y a las admoniciones de algunas figuras de la llamada «generación del 98».

Muchos de los comentarios de Giner tienen que ver con el traído y llevado «problema de España». El menguante papel de España en el mundo de Occidente y las consiguientes dudas acerca de los valores de la cultura española venían siendo motivo de preocupación des-

de del siglo XVIII, pero sólo en los primeros años de la Restauración alcanzan la categoría de «problema». La sonada polémica sobre el «problema de España» se ventila en tres grandes revistas de la Restauración: la *Revista Europea*, la *Revista de España* y la *Revista Contemporánea*. Menéndez Pelayo, a la sazón mozo de veinte años, publica en la *Revista Europea* una carta negando que en España hubiera habido la estrangulación filosófica y científica a que Azcárate se había referido en la *Revista de España*. Con esa carta, a la que siguieron otras, da comienzo la célebre polémica sobre la ciencia española.

Para Giner es irrefutable la conclusión de que hubo enclaustramiento asfixiante; pero va aún más lejos que Azcárate, ya que sitúa el principio del aislamiento no en las postrimerías del siglo XVI, sino en las postrimerías del XV, «en el mismo brillante reinado de los Reyes Católicos».

Gran parte de la labor de Giner dentro y fuera de la Institución Libre de Enseñanza fue la de zarandear mentes ociosas y remover conciencias dormidas. Esa misión se asemeja a la que algo más tarde iban a emprender Costa y Unamuno.

El arte de «hacer hombres»

Recordemos que en la pedagogía del siglo XVIII, *cultura* y *natura* tendían a complementarse. Algunos pensadores notables del siglo XVIII —Voltaire, Locke, Condillac, Hume, Condorcet— y aquellos pedagogos —Pestalozzi y Froebel— que reciben el legado de la Ilustración comulgan con esta actitud. Expresa o tácitamente, en

el pensamiento de estos hombres —y por derivación en el de Krause, Sanz del Río y Giner— figura la idea de que la educación es el único medio de forjar a un *hombre nuevo*, superior en su «humanidad» al que desde hace siglos viene arrastrándose penosamente por el camino de la historia. Y este concepto de la educación se apoya en la idea del *progreso*, sustentada a su vez por una interpretación de la historia como la lenta, pero continua, jornada del hombre hacia la perfección y la felicidad.

El optimismo que Giner había heredado de Sanz del Río, y que éste a su vez había recibido de Krause, tiende a entibiarse al contacto con la agria e inclemente realidad. Más que hacia una cercana meta de plenitud y perfección, el siglo XIX parece encaminarse en sus últimos decenios hacia todo lo contrario. La guerra francoprusiana produce un trauma en Europa. ¿Puede en verdad decirse que el hombre progresa moralmente?

Figurarse que la mejora del género humano puede obtenerse *reformando* las instituciones sociales es mera ofuscación. Habrá que proceder muy al contrario. Habrá que empezar *formando* al hombre mismo. En una palabra, formarle equivaldrá a *humanizarle*.

Hacer hombres es, por lo tanto, la empresa ideal de Giner y sus colaboradores, acaso sólo entrevista cuando la Institución abre sus puertas en el otoño de 1876, pero reconocida sin ambages con la creación dos años más tarde de la escuela primaria aneja al nuevo centro docente. La Institución se había orientado en su intención original hacia la enseñanza secundaria y superior. Pero en tales niveles

la virtud «humanizante» del nuevo establecimiento era de alcance limitado. Para que fuera más eficaz había que empezar con el niño, mejor aún, con el párvulo, y articular un programa que apuntara a la formación total del educando en las diversas fases de su desarrollo mental, afectivo, moral y físico. La clave de tal formación es el *método intuitivo*, que, si bien se mira, no es un método enteramente moderno, pues, en realidad, se remonta a los orígenes mismos de la pedagogía. Es el método de Sócrates, puesto al día y ampliado más tarde por Montaigne, Rousseau, Pestalozzi, Froebel.

Contra la preocupación primordialmente intelectualista de la pedagogía al uso, la Institución subraya «la necesidad de mantener en la enseñanza un carácter universal, enciclopédico». Así pues, la Institución introduce materias hasta entonces ajenas a la pedagogía oficial: la literatura, el arte, la antropología, la geología, la tecnología y las ciencias sociales. A la noción del individuo humano como «unidad orgánica» corresponde la ciencia como «todo orgánico».

Cabe decir que el objetivo de Giner y sus colegas era algo así como una evangelización, una labor redentora de índole espiritual. Giner mantiene con notable vigor la tesis de que para formar a una generación de *hombres nuevos* hay que comenzar rescatando al niño y al adolescente de la corrupción física y moral a que les condenan, no ya sólo una sociedad y un Estado pervertidos en sus objetivos y métodos, sino la familia misma, forma primaria de asociación, tan viciada como las asociaciones más complejas y las instituciones históricas. ■